

Número 60 REPUBLICA DE COLOMBIA Noviembre 1.º : 1910

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Censiliatura

*Nova et vetera*

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMX

## CONTENIDO

- Respuesta al discurso del Sr.  
Dr. Liborio Zerda al recibirse  
miembro de número de la Aca-  
demia Colombiana..... R. M. CARRASQUILLA
- Actos oficiales.  
Proyecto de una historia de  
la literatura hispanoamericana... CHARLES WARREN CURRIER
- Dedicatoria..... ENRIQUE MONSALVE
- Musgos..... DIEGO URIBE
- Nuevo Ministro de Instruc-  
ción Pública.  
Clausura de estudios del Co-  
legio Mayor de Nuestra Señora  
del Rosario, en el año de 1910,  
257 de su fundación.  
La voz del Prelado.



## REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Noviembre de 1910

## RESPUESTA

AL DISCURSO DEL SEÑOR DOCTOR LIBORIO ZERDA AL RECIBIRSE  
MIEMBRO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

Ponderosa carga me habéis echado sobre los hombros, señores académicos, al conferirme la honra é imponerme la obligación de responder al discurso que, para recibirse en la Academia Colombiana, acaba de pronunciar el señor doctor Liborio Zerda. En esta ocasión, por raro capricho de la suerte, se han trocado los papeles; como si en los tiempos gloriosos de las Cruzadas, un guerrero, con el escudo en blanco y sin más ejercicio de armas que algún simulacro militar en el patio del castillo, hubiera armado caballero á un anciano paladín cubierto de cicatrices y compañero de Godofredo y Reinaldo en la hueste

che il gran sepolcro liberò di Cristo.

Y no penséis, señores, que son estas frases de las que impone la galantería en presencia de un nuevo colega á quien damos abrazo de bienvenida; son, por el contrario, sincerísimas; porque desde niño me acostumbré á tributar al señor Zerda el acatamiento que se merece el maestro, la veneración que inspira el varón justo, la admiración que despierta el sabio.

Nuestra rica lengua de Castilla no tiene sino un vocablo para nombrar al que alcanza la virtud intelectual de la sabiduría y al que posee la de la ciencia. La primera adivina más que investiga las supremas causas, es fruto antes de

intuición que de discurso, propia mejor del genio que del talento; la segunda asciende de las verdades conocidas á las ignotas, es conquista de la paciente labor del intelecto, la corona que ciñe las sienes de los talentos superiores. Cuando Aristóteles abarcó con una sola mirada del alma todos los entes, desde Dios que reina en las alturas hasta la pelusilla de polvo que gira en un rayo de sol, desde los cuerpos que veía con sus ojos y palpaba con las manos hasta el más remotamente posible de los seres, y los agrupó todos en las diez maravillosas categorías; cuando Santo Tomás vio de un golpe el conjunto de verdades, divinas y humanas, adquiridas por el linaje de Adán en cincuenta ó más siglos, y formó en su mente la síntesis ordenada y concorde de todas ellas; cuando Newton, al caer de una manzana, descubrió delante de sí la gravitación universal; cuando Pasteur se halló, al dirigir una mirada al microscopio, ante lo infinitamente pequeño, que Pascal había sospechado, todos ellos usaron, no de la ciencia, sino de la sabiduría.

A la ciencia le llegó su vez cuando el Estagirita investigó los maravillosos atributos de los géneros supremos; cuando el doctor de Aquino escribió los portentos de la *Summa*; cuando el sabio inglés expuso las inagotables consecuencias del principio por él descubierto; cuando el egregio descubridor del mundo microbiano curó la hidrofobia, salvó la industria de los gusanos de seda, mató la filoxera de las viñas, simplificó la fabricación del vinagre, y le devolvió á su patria el duplo de lo pagado por indemnizaciones á Alemania después de la guerra desastrosa que terminó en Sedán.

El idioma francés, más primoroso en esto que el nuestro, posee la palabra *sage*, para el que logró del cielo la virtud de la sabiduría, y la voz *savant*, para el que alcanzó el dón inestimable de la ciencia. Aquel *sage* viene del latín *sagus*, femenino *saga*, que significa en la lengua de Horacio *adivino*, el que pronostica con sobrenatural poder; voz afín del verbo *sagio*, presentir, penetrar, pensar con

agudeza. ¿No fue acaso verdadera adivinación el hablar Platón, sin auxilio de fe revelada, de la existencia en Dios de una palabra sustancial, el *Logos*, engendrado del Padre que habría de revelarnos el Espíritu Santo por medio de San Juan? ¿No merece el nombre de presentimiento aquel *corruptio unius generatio alterius* con que Santo Tomás se adelantó seis siglos á una de las tesis científicas más nuevas y mejor comprobadas de Pasteur? ¿No vio Colón á través de los mares, con los ojos del alma, el nuevo continente? ¿Acaso no columbró Bolívar su Colombia, cuando en el monte sacro juró consagrarse á la redención de un mundo? A los poetas, que vislumbran lo oculto para nosotros los profanos, se les apellida vates, es decir, videntes ó profetas.

Mas existe otra sabiduría de orden superior, que Dios se complace en esconder de los doctos y prudentes, y revelar á los pequeñuelos, al decir del Evangelio; la que no tuvo Marco Tulio y poseyó el humilde Francisco de Asís; la que es patrimonio de los limpios de corazón, de quienes enseña Jesucristo que serán bienaventurados, porque ellos verán á Dios. Fijaos en la fuerza del verbo empleado por el Salvador, que no es *entender*, *discurrir*, sino *ver*, no ciertamente con los ojos, que son lumbre de nuestro cuerpo, sino con la inteligencia, que es la vista del alma. A los que profesan tal sabiduría es á los que llama Fray Luis de León

los pocos sabios que en el mundo han sido.

Tal es el que, dócil al consejo de Jeremías, lleva sobre sí el yugo de la ley divina desde los años juveniles; el que no le destina al mundo la vida y al cielo la hora de la muerte, el cuerpo á los placeres y el cadáver á Dios; el que

al caso adverso inclinará la frente  
antes que la rodilla al poderoso;

el que luchará con el infortunio sin dejarse vencer de sus rigores, pero sin rebelarse contra la Providencia que lo en-

vía. Conocéis al señor Zerda, señores académicos, puesto que por voto unánime le llamasteis, y podéis estimar si, en el sentido cristiano del vocablo, merece el título de sabio.

Le corresponde también este dictado como cultivador insigne de varios ramos del humano saber, en especial en lo físico y natural que, en estos tiempos que corren, quiere usurpar para sí solo el glorioso nombre de ciencia. No niego ni escatimo este blasón á la química y la geología, á la zoología y la botánica, ni á las modernas disciplinas que apellidan, con voces no siempre bien derivadas, bacteriología, micrografía, radiografía y cien nombres más. Pero si ciencia es conocimiento cierto de un ente por sus causas, antes de la que averigua las inmediatas, está la filosofía, que se remonta á las supremas; y sobre ella la teología sagrada que las investiga, no á la luz de la sola razón, sino con el auxilio de fe, que es al entendimiento del cristiano lo que el telescopio á los ojos del astrónomo.

Que el señor Zerda es sabio en la segunda acepción del vocablo, como profesor emérito de varias ciencias físicas é históricas, es hecho que ningún colombiano desconoce. Pero tan modesto es nuestro nuevo compañero, que muchos, fuéra de esta Academia, sabiendo que el señor Zerda es gloria científica de Colombia, ignoran los pormenores de su merítísima carrera. En una casa de campo, no distante de la capital, vio el señor Zerda la luz del día, y siempre ha vivido en esta ciudad, llamada durante casi tres siglos Santafé, en memoria de la que construyeron los reyes católicos, sitiadores de Granada, al pie de la Sierra Elvira, en la hechicera vega del Jenil. Mudó nuestra villa su nombre, con mal consejo á mi entender, por el indígena de Bogotá, robándosele á vecina aldea; pero no cambió sus curiosísimos caracteres etnográficos. Fundada, no por vulgar aventurero, sino por un letrado y jurista, recibió herencia, nunca dilapidada, de amor á las letras y al derecho; y, con ser entre todas las capitales del mundo la más lejana del mar y separada de él por mayores obstáculos

materiales, ha merecido de sus hermanas del sur el título hiperbólico de Atenas hispanoamericana. Hasta hace poco conservaba su carácter venerable de vieja ciudad española, con mucho en las calles de la imperial Toledo, con no poco dentro de las casas, de los patios soleados, los tiestos de flores, los corredores abiertos de Córdoba y Sevilla. Aquel aspecto señorial que evoca sin esfuerzo la historia de siglos, y es delicia de artistas y viajeros eruditos, y desesperación de cursis progresistas, va desapareciendo á todo correr, como lo reclama el curso natural de los sucesos; pero el bogotano de hoy, vestido á la última moda europea, es, en el fondo, el santafereño de ahora cien años, con cualidades que no menciono, para no parecer vanidoso; con defectos que no enumero, para no hacer gala de humildad. Con tanto mayor razón callo, cuanto no tengo de bogotano sino la fe de bautismo y los peros de mis paisanos.

Si hubiera que mostrar en Europa un ejemplar auténtico del bogotano, no vacilaría yo en enviar al señor doctor Zerda. Allí verían el talento claro y perspicaz, la agudeza fina y delicadísima en el trato, la cultura que no lo parece ni se deja sentir; advertirían la incapacidad para hacer brillar los propios méritos y la destreza para realzar los ajenos, aquel aire de absoluta desocupación en medio de fecunda actividad, la carencia de ir y venir en angustioso tráfico, la inutilidad para ganar y conservar el dinero.

Estudió humanidades el señor Zerda en el Colegio Seminario de San Bartolomé, con los padres jesuitas, y matemáticas y ciencias físicas en el Colegio del Rosario, que lo considera como hijo ilustre y gloria suya, y cursó medicina en la Universidad Central. La ciencia de Hipócrates, nacida para esta tierra en las aulas de fray Cristóbal de Torres, introducida en ellas por Mutis, acrecentada por Isla y Gil de Tejada, vulgarizada por Merizalde, se hallaba todavía en la infancia cuando nuestro colega se inició en sus interesantísimos misterios. Recibió la muceta del doctorado en 1853, y como cirujano de un cuerpo del ejér-

cito constitucional hizo la campaña de 1854. Emprendió después seguir el movimiento portentoso de las ciencias físicas y médicas en el viejo mundo, con éxito tal, que no sólo nunca se ha quedado á la zaga, sino que ha ocupado el puesto de vanguardia en el andar de la ciencia entre nosotros. Para él la medicina no fue, salvo en los primeros años, carrera práctica, como tampoco lo fue para Pasteur: le ha servido como disciplina teórica, á título de complemento de las ciencias naturales. Como botánico y zoólogo, como geólogo y mineralogista, el señor Zerda se mostró desde temprano digno sucesor de su conterráneo don Francisco Javier Matiz, y compañero y émulo en el saber de Bayón y de Triana. Competía, al mismo tiempo, como catedrático de química con el insigne Ezequiel Uricoechea.

El primer libro científico del doctor Zerda fue la *Hipócrata, ó medicina del caballo*, obra prácticamente superior á las escritas en Europa, por estar acomodada á las condiciones de los climas tropicales y á los peculiares caracteres de nuestras razas hípicas. Después ha producido centenares de artículos sobre ciencias, esparcidos en revistas y periódicos, en especial en el *Papel Periódico Ilustrado* y en la *Gaceta Médica*, de que fue director por varios años. Reunidos estos trabajos, formarían varios abultados volúmenes, que serían otras tantas joyas en la más selecta biblioteca. Para no dejar el primer puesto en el conocimiento y enseñanza de los novísimos hallazgos científicos, fue el señor Zerda quien divulgó, en dos brillantes estudios publicados por la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, las maravillas del *Radium*, á raíz de los descubrimientos de los esposos Curie, artículos que merecieron elogio de la *Revue Neo-scholastique de Philosophie*, dirigida en Lovaina por el cardenal Mercier; eminentísimo por la dignidad de que está investido y eminente en Europa entera como portento de sabiduría y de ciencia.

Un hombre que se halla siempre al tanto de las científicas doctrinas y las sigue día por día en su carrera triunfal es un erudito; pero mientras no haya contribuido á su ensanche y crecimiento, mientras no les haya ofrendado alguna dádiva original y propia, no merecerá el epíteto de sabio.

El doctor Zerda fue verificador de ensayos en la casa de moneda de Bogotá; más tarde cumplió hasta dieciséis análisis distintos de aguas saladas y sal gema; estudió químicamente varios productos de importación para el cobro de los derechos de aduana, por comisión del gobierno; hizo lo mismo con algunos fosfatos calcáreos enviados del Magdalena como abonos de la tierra; analizó distintas muestras de petróleo natural, determinando el tanto por ciento de querosina que encerraban; otras de carbones minerales de varios departamentos de la República y de muchas de las riquísimas y no aprovechadas aguas minerales que encierra el suelo colombiano. Presentó en la exposición nacional de industria, en 1871, una colección de muestras minerales y geológicas de todos los estados colombianos, y obtuvo por ello el primer premio con medalla de oro. Igual distinción le merecieron sus análisis químicos exhibidos en el propio certamen.

El doctor Zerda ha sido, además, el primero en estudiar á fondo una enfermedad pavorosa, propia de estas regiones andinas, sobre todo en las regiones frías de Colombia. Nace ella del uso de la bebida popular, heredada de los aborígenes y fabricada del maíz, mezclado con la miel de caña. Simultáneamente con el señor Zerda estudió la misma dolencia, desde el punto de vista clínico y patológico, el lamentado profesor y amigo incomparable que se llamó el doctor Josué Gómez.

La monografía del doctor Zerda se publicó en los *Anales de Instrucción Pública*, en 1889; y consta de dos partes: la primera sobre la *chicha, bebida popular en Colombia*; sobre la ptomaína que el precipitado licor desarrolla, la segunda.

Principia por la historia de la fabricación del asqueroso breva-je, desde tiempos de los indios, sus inventores, no dignos por este título de estatuas ni monumentos conmemorativos, sigue con la evolución de la infame manufactura, cada vez más venenosa; describe luego los caracteres del *chichismo*, nombre que arbitró el doctor Gómez, para distinguir aquella enfermedad de la que produce el alcohol, cuando de él se abusa. Aquí ofrece el señor Zerda cuadros dignos por su horror de figurar en el infierno del Dante, y que no transcribo porque están tan acordes con la verdad como reñidos con la belleza, y serían tanto más dignos de citarse en la academia médica cuanto menos conformes con una literaria. Básteme decir que, por lo que nuestro colega describe y por lo que yo he visto con mis ojos en los hospitales, si el alcoholismo trueca al hombre en bruto, la otra dolencia lo convierte en un mero vegetal.

En seguida da cuenta el doctor Zerda de los multiplicados análisis y experimentos, dignos de Berthelot ó de Hoffmann, para buscar el principio tóxico de la bebida. Hallólo el químico colombiano y lo inyectó á varios animales: ranas, curies, ratas y pollos, causándoles la muerte en breve término. Introducido después en el organismo de otros ejemplares de las mismas especies, pero ya en cantidades mínimas, produjo en ellos los propios síntomas que el *chichismo* en la especie humana. El cuadro del pollo intoxicado que pinta el doctor Zerda, es de lo más cómico y realista que puede leerse ú oírse.

Poco haría el sabio con indicar las causas de las humanas dolencias si no les buscara eficaz remedio, ó lenitivo por lo menos. Nuestro colega, en el capítulo titulado *Higiene de la chicha*, enseña cómo podría y debería fabricarse, para que no se produjeran en ella las toxinas, y viniera á ser una bebida alimenticia y sana. Nuestros gobiernos se han preocupado de la lepra; nada han intentado, siquiera, contra los estragos del otro flagelo. Una y otra enfermedad pueblan las camas de los hospitales y llenan las fosas

de los cementerios; pero la primera corroe los miembros del cuerpo, mientras la segunda embota y suprime las facultades del alma.

El estudio sobre las ptamafnas es un prodigio de investigación sagaz, que excede mi comprensión, muy limitada en punto de ciencias naturales.

A más de naturalista, es el señor Zerda varón muy versado en la arqueología y prehistoria americanas, á las cuales se ha consagrado con la misma paciente y perspicaz constancia que ha dedicado á las ciencias de la naturaleza. Zerda es de los poquísimos que han emprendido en Colombia, en la época contemporánea, trabajos de este género; y los suyos compiten con los del obispo Celedón y los de Isaacs sobre la Península Goajira: los del doctor Andrés Posada Arango sobre los aborígenes de Antioquia; los de don Vicente Restrepo sobre los mayas y los chibchas; y los referentes á varias tribus, salidos de las doctas plumas de don Ernesto Restrepo Tirado, don Carlos Cuervo Márquez y don Francisco Javier Vergara y Velasco.

El campo que han emprendido descubrir estos beneméritos investigadores es una selva más extensa, enrevesada y oscura que la hallada por Stanley en el corazón del Africa ecuatorial. Los nativos de estos reinos no conocieron la escritura fonética, y los jeroglíficos que dejaron no se refieren á los hechos de sus mayores. La tradición oral era tan escasa á tiempo de la conquista, que apenas se tiene memoria de los cuatro últimos zipas de Bogotá. Los viejos cronistas, al transmitirnos las noticias recibidas de boca de los indios, se contradicen entre sí aun en los puntos de mayor momento; y de los escasos monumentos de otras edades casi nada quedó; destruyólos, unas veces la incuria de los soldados, y otras el celo de los misioneros por borrar todo rastro de idolatría.

El señor Zerda se entró por aquella maraña, y trajo un tesoro de noticias interesantísimas que la ciencia y la patria sabrán agradecerle. Para comprobar una vez más la

frase evangélica *Nemo propheta in patria sua*, más cuenta hicieron de *El Dorado*—que así se titula el libro de nuestro colega—los extranjeros que los nacionales. El eminente crítico cubano don Rafael María Merchán le consagró un dilatado y concienzudo estudio; y el profesor Guillermo Boye publicó sobre la obra de Zerda, en un periódico danés, un largo artículo, reproducido con elogio por el diario *Nachrichten* de Hamburgo, traducido por *El Siglo* de Montevideo, y copiado por *El Fondógrafo de Maracaibo*. La Real Academia de Historia de Madrid premió al doctor Zerda nombrándolo correspondiente suyo. Igual distinción ha merecido, por sus labores de médico y naturalista, de la Academia Nacional de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador, de la de Medicina de Lima, del Congreso de americanistas celebrado en Berlín en 1888; es, además, miembro honorario de la Sociedad de Cirugía de Bogotá, y de otras corporaciones más. La Sociedad de Medicina de esta capital, después elevada á la categoría de academia, lo cuenta entre sus socios fundadores y tuvo la honra de ser presidida por él.

Enseña Santo Tomás que no puede darse nombre de sabio al que no trasmite á otro su saber, como tampoco el calificativo de luminoso al cuerpo que no comunica su luz á los demás. Coincide con este concepto la práctica de todos los institutos docentes, que no conceden á sus alumnos que terminan con éxito el título de *erudito*, sino el de *doctor*, que significa hombre que enseña. Y á enseñar en escuelas, colegios é institutos ha consagrado cuarenta y ocho años de su vida el señor doctor Zerda, hasta que, rendido de fatiga, se retiró del profesorado, sin conservar sino su cátedra del Rosario, porque á fuer de hombre grato y bien nacido, ha querido devolver las postrimerías de su magisterio á la *Alma Mater* de quien hubo las primicias de la ciencia. Preguntad á los que fueron discípulos de Zerda si han oído conferencias más científicas y al propio tiempo más claras que las suyas; más profundas y juntamente más amenas y

atractivas. Desempeñó también por largos años el rectorado de la Facultad de Medicina, dándole en gran parte en lo material y lo formal el lustre de que ha disfrutado merecidamente. Porque él construyó y organizó el laboratorio de química, los anfiteatros anatómicos y creó la cátedra de micrografía. Por fin, don Miguel Antonio Caro, al subir á la presidencia nacional, confió al señor Zerda la cartera de Instrucción Pública, honor tanto más estimable cuanto nuestro colega, aunque firmísimo en creencias y opiniones, ha vivido ajeno á las contiendas políticas, y en especial á las luchas electorales. En 1897 fue miembro y presidente del Consejo de Estado.

Cuando el sabio ha llegado, en la investigación de las causas, al límite en que se detiene la razón, auxiliada por las potencias sensitivas, arde en deseo de remontarse á las causas supremas, objeto y dominio de las ciencias filosóficas. No aplaudo á los científicos que pretenden ensanchar indebidamente el campo que les tocó en suerte, y resolver los problemas trascendentales sin emplear sino observaciones y experimentos, y gusto del concepto del clarísimo Claudio Bernard, que dice: “La investigación de las causas primeras no pertenece á las ciencias. Cuando el experimentador ha llegado á la determinación de los fenómenos, no le es lícito pasar adelante.” Pero el naturalista puede trasladarse á los dominios imperiales de la filosofía, dejando transitoriamente los propios, y mudando de criterio y de instrumentos de estudio. Observad, señores, cómo en la época moderna los nombres de los mayores sabios y los de los filósofos más insignes se identifican: Descartes, Newton, Pascal, Leibnitz.

No ha sido ajeno el señor Zerda á las especulaciones filosóficas, de preferencia, como es natural, á las cosmológicas que se refieren á la composición esencial de los cuerpos. Defiende el atomismo químico, y sobre ello escribió recientemente en la *Revista de Instrucción Pública* dos sabios estudios, que habrían figurado con honra en publica-

ción científica europea. Cerca de dos mil y quinientos años hace que vienen los sabios divididos en dos escuelas, una atomista, partidaria la otra de la materia y la energía. Pro-pagaron en Grecia la primera teoría Demócrito y Leucipo, descubrieron la segunda, Platón y Aristóteles. En la Edad Media triunfó la última doctrina; del siglo XVI en adelante, la primera. Hase recrudescido la lucha en los últimos años con el renacimiento neo-tomista y las doctrinas de varios sabios en ciencias naturales sobre la materia y la fuerza. Por fortuna, los recientes descubrimientos de la radio-actividad, si resultaren exactos en sus conclusiones, suprimirán el problema, ó acercarán, á lo menos, los contradictorios pareceres.

Sabéis cómo, por los años de 1897, J. J. Thomson descubrió en los rayos catódicos de un tubo vacío unos corpúsculos mil veces menores que el átomo de hidrógeno, y halló que eran idénticos, cualquiera que fuese la naturaleza del tubo ó del gas contenido en él. Se ha admitido que los corpúsculos aquellos son átomos de electricidad, base última de la materia, y genitores, según el modo como se agrupan, de los átomos químicos de que constan los cuerpos tanto vivientes como inertes. La existencia y propiedades de los *electrones*, que así se llaman los precitados corpúsculos, se han comprobado con el hallazgo de las sustancias radio-activas, empezado por Becquerel en 1896, y completado luego por M. y Mme. Curie, por Mr. Rutheford y otros sabios.

Han visto ellos que algunos metales, en especial el uranio, el radio y el torio emiten tres especies de rayos ó radios, conocidos con los nombres de las primeras letras del alfabeto griego. Constan de electrones; los de los rayos *alpha* positivos y dotados de una velocidad que es un décimo de la de la luz; con igual presteza que la luz, se mueven los corpúsculos negativos de los rayos *beta*; aún no se conocen bien los del tercer tipo, nombrados *gamma*.

Un paso más, y se halló que los átomos no sólo son compuestos y divisibles, sino que los electrones que los forman sufren un proceso de desintegración y recomposición que permite verificar cambios sustanciales en elementos químicamente simples.

Si esto que acabo de enunciaros llega á la categoría de tesis indiscutida, los atomistas no tienen sino que retroceder un paso, y quedará como ahora, la afirmación de que los cuerpos se componen de partículas indivisibles, que es la base de su sistema. Los neo-tomistas llamarán materia á los electrones; *entelechia*, *energeia*, *forma sustancial*, al principio activo, que en cada especie los junta y los disgrega. Pero quedará victoriosa una teoría aristotélica y escolástica: la de la unidad de la materia; hipótesis que, años hace, defendía ya como muy probable el doctor Zerda.

En las academias como ésta, cuyo fin es mantener limpio, fijar el patrio idioma y darle esplendor, como reza el lema de la Real Española, se llama de preferencia á los puestos de número á lingüistas y literatos de profesión, pero se admiten también personas consagradas á otros ramos del saber, siempre que no sean ajenas á las humanas letras y traten la lengua patria con honor y respeto. La Academia Española cuenta hoy, para no citar sino un ejemplo, entre sus miembros al preclaro médico, gloria de su patria y de la humanidad entera, luz de la ciencia, don Santiago Ramón y Cajal. Con muchos y loables fines se observa la precitada práctica: con el de tributar honor al mérito excelso, dondequiera que se encuentre; con el de enaltecerse las academias poseyendo entre los suyos á los que son timbre de su nación y de su siglo; y además, porque estos institutos necesitan para su propia labor la colaboración de los especialistas en las distintas ramas de la ciencia. El idioma, en efecto, consta no sólo de las palabras y giros de la lengua familiar y de la literaria, sino de las voces y locuciones científicas. No todas caben en el diccionario de la lengua, que no es enciclopedia de todo co-

nocimiento humano, y que no puede dar carta de vecindad á vocablos semibárbaros, formados contra todo precepto de composición y derivación lingüísticas. Pero muchas palabras, científicas en su origen, han pasado al habla vulgar y corriente, en ocasiones conservando su significado, á veces alterándolo por medio de tropos y otras figuras de dicción. Quizá algún día me sea dado presentaros un humilde ensayo sobre las voces de la filosofía escolástica que han venido al idioma corriente. Para la admisión ó rechazo de las locuciones técnicas, para sus definiciones exactas, las academias han menester el auxilio del teólogo, del filósofo y del legista; del naturalista y el médico, del matemático y el ingeniero.

Aquí se requiere esta colaboración, aún más que en España, por el linaje de labores á que nuestra Academia prestará cuidado preferente. Habremos de emplearnos, Dios mediante, en principiar el diccionario de provincialismos colombianos. Ya nuestro docto colega el señor Suárez, indicó en su discurso magistral sobre *El castellano en América*, los orígenes de aquellas voces americanas no usadas en Castilla, y señaló como uno de ellos la necesidad de nombrar animales, plantas, costumbres, vestidos, utensilios no vistos en Europa. En ocasiones tales objetos conservan el nombre indígena; en otras, toman vocablo castellano en toda su pureza, ó ligeramente mudado, sacándolo del de cosa española semejante. Por ejemplo, al ave de rapiña, devoradora de cadáveres, conocida en zoología como *coragyps atratus*, la nombramos en América *gallinaza*—aquí *gallinazo*,—como quien dice gallina grande; y también se llama en Cundinamarca *chulo*, acaso por antítesis entre el andar desgarbado del ave supradicha y el saleroso y elegante de los torreadores en el coso. En otras provincias la apellidan, amparándose á los diversos idiomas indígenas, *chicora*, *galemo*, *xopilote*. El señor Cuervo trae en sus *Apuntaciones* una lista de palabras chibchas y quichuas, que tienen equivalente en castellano, y que, sin embargo,

subsisten entre nosotros con más ó menos alteraciones en la forma y en el significado. A nuestra habla han pasado voces portuguesas. Anoto, por no traer la derivación el señor Cuervo, nuestro *zurumbático*, por lelo, pasmado, que es el *sorumbático* que, en el mismo sentido, emplea el Vizconde de Taulnay en su delicioso idilio *Inocencia*.

Para nuestros futuros trabajos sobre estas materias, ha de sernos preciosa la colaboración del señor Zerda, no sólo por sus conocimientos en ciencias naturales, sino por ser uno de los poquísimos versados en el muerto idioma de los chibchas; título nuevo en nuestro amigo al honor que le hemos otorgado.

Os decía que para admitir un sabio en nuestro gremio, preciso es que sepa comportarse con la lengua castellana, como se lo merece tan excelsa señora. Vosotros conocéis los escritos del señor Zerda y acabáis de oír su gratísimo discurso. El vocabulario del nuevo académico, sin ser rico, es limpio y decoroso; su estilo correcto, claro, como corresponde á un catedrático y maestro. Con su irreductible humildad, no ha querido tocar punto alguno científico, y no ha embelesado con las dulces memorias de las tertulias y sociedades literarias que, sucesivamente, han florecido y fructificado en nuestro suelo. No difiere mucho su discurso de las inolvidables parlas del veterano profesor cuando se halla en un círculo de personas de toda su confianza. Por respeto á nosotros no ha querido tratarnos como discípulos; por cariño ha departido con sus nuevos colegas como amigo.

A los centros literarios de edades que fueron y de que el señor Zerda nos ha hablado, podría agregarse, aunque tuvo influjo menor, la tertulia del *Buen gusto*, que reunía en su casa la literata doña Manuela Santamaría de Manrique. En época posterior á la Independencia, y que no entra en el plan del señor Zerda, merecen recordarse, por lo que contribuyeron al desarrollo de las letras, la sociedad literaria llamada *Liceo Granadino* y la tertulia que se apellidó *El Mosaico*.

Sobre el *Liceo* se ha escrito mucho y bueno, y sus trabajos quedaron coleccionados en un hermoso volumen *El Mosaico*, titulado así del nombre del mejor periódico literario que se ha publicado en Bogotá, se formó por los años de 1858, y duró hasta 1870. No tenía presidente, ni secretario, ni mucho menos tesorero; carecía de estatutos y reglamento, y de local de sesiones, y de día fijo en que reunirse. Cualquiera tarde uno de los individuos que lo componían mandaba avisar á los demás que había mosaico en su casa. Iban los que podían ó querían; discurrían de cuanto es materia de conversación, menos lo que ofende el decoro y la urbanidad más exquisita; leían lo que tenían escrito, y censuraban ó aplaudían con la más absoluta libertad; tomaban chocolate mejor ó peor acompañado de lo que en Bogotá llamamos *arandelas*, y en paz el alma y contento el espíritu, se retiraban antes de media noche á sus casas.

El núcleo del Mosaico era formado por Vergara y Vergara, Quijano Otero, Carrasquilla y Marroquín. Después de ellos venían Samper, Guarín y Silva; los demás eran menos asiduos: Teodoro Valenzuela, Salvador Camacho Roldán, Jorge Isaacs, Angel María Galán y otros varios. *El Mosaico* dirigió la corriente desbordada del romanticismo por los cauces del buen gusto; hizo amigos y hermanos de hombres de las más encontradas ideas religiosas y políticas; les enseñó prácticamente la virtud cristiana de la tolerancia, sin perjuicio de la integridad de los principios. Allí se leyeron, antes de publicarse, *La perrilla* de Marroquín, las letrillas salerosas de mi padre, los ingeniosos escritos literarios de Vergara. De aquellas tertulias salieron la *Manuela* de don Eugenio Díaz, los dos tomos de *Quadros de costumbres*, cuatro volúmenes de *El Mosaico*; los socios costearon á escote la publicación de las poesías de Isaacs, y á poder de los ruegos y elogios y consejos, brotó del cerebro del egregio joven caucano la inmortal *María*, como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Repartiendo mentalmente los cargos y honores acostumbrados en las academias, diríamos que Vergara era el director; el censor, Marroquín; Carrasquilla, el consultor; Quijano y Ricardo Silva, los tesoreros; Samper, el orador. Años después, Vergara partió al viejo mundo, y al regresar, emprendió viaje al mundo de donde no se vuelve; Carrasquilla se ausentó por largos años de Bogotá; Quijano quedó herido de muerte por terribles infortunios; á los demás los envolvió el torbellino de la política, y *El Mosaico* murió para no revivir jamás.

O mihi praeteritos referat si Jupiter annos

(Aeneid. VIII)

Volvamos la hoja, para dar fin á este que ya semeja interminable farrago. El señor don Liborio Zerda, en su vida que llamaría larga si toda existencia no resultara breve al cultivador de la ciencia, por fuerza habrá sufrido mucho en este que la piedad cristiana llama valle de lágrimas; pero los dolores han venido ampliamente compensados no sólo con la serenidad de la conciencia recta, con el goce de haber hecho el bien á los demás, sino con las fruiciones que brinda el conocimiento íntimo de la naturaleza, sobre todo en la época presente. No maldigo, señores, el siglo en que vine á este mundo, antes lo bendigo y lo amo y por ninguno de los precedentes lo habría trocado. Porque fue el que vio, junto con el ocaso del conquistador de Europa, la aurora del libertador de América; presencié la emancipación de las colonias del nuevo mundo, el renacimiento de Grecia, el fin de las monarquías absolutas, la abolición total de la infame esclavitud de los negros. En él se realizó el despertar espiritualista y cristiano con Chateaubriand, Donoso Cortés y De Maistre, renacimiento que se tradujo en las artes y literatura románticas, expresión de la nostalgia del alma por el país de lo ideal, que es su patria. Amaneció el romanticismo con los alegres repiques de *La Campana* de Schiller, formó sus escuadrones á los ecos sublimes de la

trompa de Víctor Hugo; se adormeció blandamente arrullado por los versos de Lamartine,

pareils aux chars plaintifs que murmure une femme  
à l'enfant qui s'endort ;

y tuvo representante, no el más profundo, ni el más correcto, ni el más sublime, pero sí el más auténtico y castizo, en don José Zorrilla, seductor de voluntades, derrochador de imágenes y voces, calavera literario, imagen en el campo de la poesía de lo que él mismo fingió á su don Juan Tenorio en la sociedad española. El romanticismo culminó en el arte pictórico con Delacroix, apellidado el Víctor Hugo de la pintura; y en la estatuaria, con Thorswaldsen, en las estatuas maravillosas con que adornó la fachada de la iglesia mayor de Copenhague.

No creáis, señores, que echo menos aquel romanticismo que, ya en el ocaso, sirvió de aurora á mi juventud, como el sol que se pone en nuestro occidente es nacer del día á los habitantes del hemisferio australiano. Al cumplir los cuarenta años, quise releer los autores predilectos de mi mocedad. Oh! qué dolor! qué desengaño! Chateaubriand, tan conceptuoso! Donoso Cortés, tan hinchado! De Maistre, tan violento! Zorrilla, tan vacío! Lamartine, dulzarrón; Hugo, extravagante; tímido, Balmes. La cabeza, sin embargo, supo sobreponerse al gusto. ¿Son ellos los decaídos, ó soy yo? Y cada jornada del pensamiento humano, es una piedra en el monumento imperecedero que levanta el género humano al bien, á la verdad, á la belleza. Después han venido el realismo naturalista, que me da asco; la escuela parnasiana, tan limpia en la forma externa, pero sin calor de juventud; el decadentismo, que es inaceptable para quien anhela progreso; el simbolismo.... Poesía que necesita notas, no es arte para mí. Y, sin embargo, todo eso es grande, todo importante, no en sí mismo, sino como parte del todo magnífico que va alzando la humanidad, dirigida por la providencia, sin perjuicio de la libertad humana.

Una paletada de cal lanzada sobre una piedra por un esclavo medio desnudo, es parte integrante de la Pirámide de Cheops, ó del Partenón de Atenas. Mientras la humanidad sigue su marcha, el que os habla, átomo perdido en el linaje de Adán, pero átomo racional y libre, sacia su sed de verdad en las páginas inagotables de la Biblia, inspiradas por Dios; en los escritos nunca exhaustos de los padres y doctores; su hambre de bien, en los ascéticos cristianos; sus anhelos por la belleza artística, en los grandes clásicos de las edades de oro; sin envidiar, pero sin censurar tampoco á los que devoran con avidez los frutos de toda planta literaria primeriza.

El siglo XIX aventajó en el cultivo de la música á todos los que le precedieron. Bellini, Donizetti, Rossini, nos dieron aquellas nunca olvidadas melodías de nuestra infancia, y abrieron paso á la sabia armonía alemana que se escucha tanto con el entendimiento como con el oído, y en que la idea, la palabra, la nota, la voz, la orquesta y el decorado del escenario, forman un magnífico todo.

Y con eso, la pasada centuria fue más grande aún, por sus descubrimientos é inventos científicos. El astrónomo ha visto más soles uno á uno, que los granos de arena de las marítimas riberas, los ha medido, pesado, seguido en sus órbitas inmensas. Más aún: sabe qué cuerpos simples entran en la composición de cada astro. Abre el geólogo las entrañas de la tierra, y en los terrenos superpuestos, como en las páginas de un libro, lee la historia de nuestro planeta, en estado gaseoso primero, abrasado por el fuego más tarde, cubierto en nuevo período por las aguas. Ve en espíritu subir los montes, descender los valles, correr los ríos por sus lechos y precipitarse al piélago de los mares. Descompone el químico los que nuestros mayores reputaban elementos en multitud de sustancias simples, las rehace, las combina, creando nuevos cuerpos de maravillosas virtudes. Ascende la ciencia á estudiar los reinos de la vida, penetra hasta la formación de la célula, nacida siempre de

otra vejigüela semejante, y no se detiene respetuosa sino ante el principio vital, que por simple no se deja encerrar en retortas, ni tratar por reactivos, ni ver por microscopios.

Tantos y tamaños descubrimientos han venido á engendrar las invenciones modernas que realizan los comentarios de las *Mil y una noches*: corren ferrocarriles y automóviles como el viento sobre la costra del globo; los barcos sin velas ni temen la tempestad ni recelan la calma; aeroplanos y globos dirigibles llevan al hombre por los aires; pinta la luz, hablan los alambres y la atmósfera misma; guárdase la palabra oral por años y siglos. Todo proviene de una fuerza sola, múltiple en sus manifestaciones, electricidad, luz, calor, magnetismo; el *avor* de Moisés, que brotó de la nada para formar lo todo, cuando Dios dijo: sea la luz y la luz fue.

Señor Zerda: al imponeros la medalla que han llevado tantos varones ilustres en España y en América, os tributo, en nombre de esta Academia, alto y merecido honor; vos nos lo devolvéis con creces al sentaros en medio de nosotros.

R. M. CARRASQUILLA

---

## Actos oficiales

---

Muy respetado señor Rector:

Con sentimientos de sincera gratitud correspondo á la amable y bondadosa esuela en que V. S. se sirve comunicarme que la Consiliatura de ese ilustre Colegio Mayor ha tenido á bien nombrarme colegial honorario de su claustro, con todos los honores y prerrogativas que á los de esta clase conceden las constituciones y costumbres.

Doy á la honorable Consiliatura, por conducto de su dignísimo Rector y Presidente, las más expresivas gracias por distinción tan grande cuanto inmerecida, como es la que